

THE PLANETARY SYSTEM

IDEAS, FÓRMULAS Y FORMAS PARA LAS NUEVAS CULTURA Y CIVILIZACIÓN

Psicogeometría de la Proporción Áurea

Primera edición, junio del 2006; actualizado en enero del 2013.

*Dedicado a Quien introdujo en el mundo el concepto de psicogeometría.
Cuando reconozcamos este concepto
y lo utilicemos como canon para planificar el futuro,
nada volverá a ser como antes.*

En el *Timeo* (31B, 32A), Platón relata estas palabras de Sócrates:

«Que dos cosas se compongan bellamente por sí mismas, prescindiendo de una tercera, no es posible. De hecho, debe haber un vínculo entre ellas que conecte una con la otra. Y el más bello de los vínculos es aquel que de sí mismo y de las cosas vinculadas hace uno en grado supremo. Debido a su naturaleza, esto logra, de un modo muy bello, la proporción. En efecto, cuando de tres números —o masas o potencias, o lo que sea—, el del medio está al último, como el primero está al del medio, y, además, a su vez el del medio está al primero como el último está al del medio, entonces el medio se convierte en el primero y en el último, y el último y el primero ambos se convierten en el del medio. De esta manera, por necesidad sucederá que todas las proporciones .serán iguales; y cuando lleguen a ser todas iguales entre sí, serán una unidad.»

Índice:

1. De la Geometría a la Psicogeometría	3
2. Que se entiende por Psicogeometría	9
3. La Correlación Áurea en el Hombre	11
4. La Correlación Áurea entre los Reinos de la Naturaleza	12
5. La Correlación Áurea en la Familia	13
6. La Correlación Áurea en la Escuela	15
7. La Correlación Áurea en el Trabajo	16
8. La Correlación Áurea en la Política	18
9. Llamamiento a los hombres de buena voluntad	20

1. De la Geometría a la Psicogeometría

Para comprender mejor la definición de Sócrates, utilicemos el segmento **AB** (Figura 1).

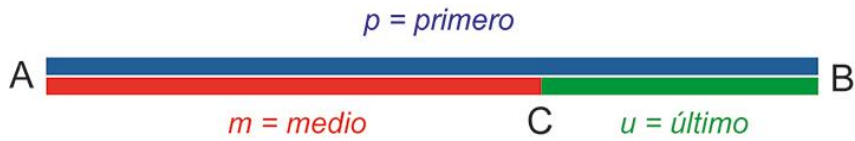


Figura 1

Haciendo uso la terminología utilizada por Sócrates, a este segmento denominaremos **p = primero**. Observamos que es posible encontrar un punto **C**, dentro del propio segmento, en una posición tal que permita encontrar un segmento **m = medio** (mayor) y uno **u = último** (menor), que se correlacionan según la siguiente proporción (el enlace que los une):

$$\frac{u}{m} = \frac{m}{p}$$

La relación entre **u** y **m** es igual a la que hay entre **m** y **p**; y **m** se denomina *término medio de la proporción* o la *media proporcional*.

En la proposición 11 del Libro II de los *Elementos*, Euclides se preguntaba:

¿Cómo dividir un segmento para que el rectángulo que tiene como lados el segmento entero y la parte más pequeña, sea equivalente al cuadrado que tiene el lado más largo?

Por lo que se ha dicho, el problema es equivalente a:

Dividir un segmento dado en dos partes, de forma que la parte mayor sea una media proporcional entre la parte menor y el segmento completo.

De hecho, obsérvese que $m^2 = p \times u$ (el producto de los lados medios es igual al producto de los lados extremos); por lo tanto, un rectángulo de lados **p** y **u** (colores verde y azul) es equivalente (tiene la misma área) al cuadrado con lados **m** (color rojo).

Ver la figura 2.

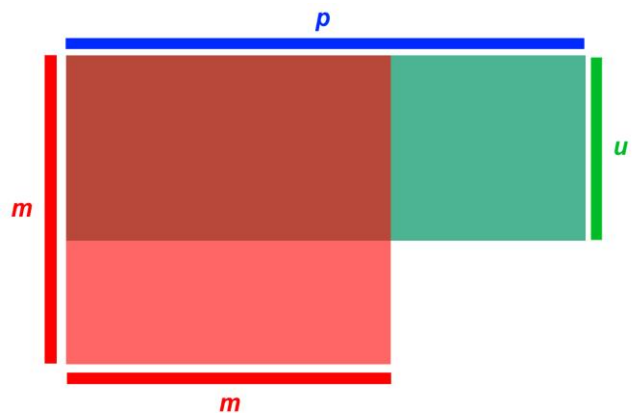


Figura 2

Entonces, si p es igual a $m + u$, la misma proporción se convierte en:

$$\frac{u}{m} = \frac{m}{(m + u)}$$

Haciendo,

$$k = \frac{u}{m}$$

Resulta,

$$k = \frac{1}{(k + 1)}$$

O bien,

$$k + 1 = \frac{1}{k}$$

De donde,

$$k^2 + k - 1 = 0$$

Que tiene la única solución positiva:

$$k = \frac{\sqrt{5} - 1}{2}$$

De donde se deduce que,

$$\frac{1}{k} = \frac{\sqrt{5} + 1}{2}$$

Que son los dos valores de la proporción áurea, «menor» y «mayor»:

$$\Phi = \frac{\sqrt{5} + 1}{2} = 1,618033... \text{ [Phi]}$$

$$\phi = \frac{\sqrt{5} - 1}{2} = 0,618033... \text{ [phi]}$$

Considerando la longitud del segmento original AB igual a la unidad de medida, es decir, $AB = 1$, resulta que $m = 0,618$ (por comodidad, abreviado a solo 3 decimales) y $u = 0,382$.

Aplicando estos valores a la estrella de cinco puntas, que tiene su origen en el **pentágono** (figura geométrica que origina las proporciones áureas), se pueden obtener las siguientes relaciones (ver las figuras 3, 4, 5):

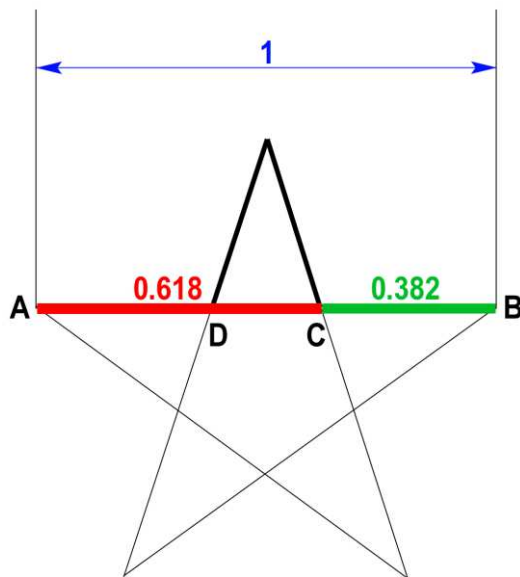


Figura 3

Haciendo $AB = 1$, se obtiene:

$$\frac{0,382}{0,618} = \frac{0,618}{1}$$

$$\frac{1 - 0,618}{0,618} = \frac{0,618}{1}$$

puesto que $\varphi = 0.618$, resulta:

$$\frac{1 - \varphi}{\varphi} = \frac{\varphi}{1}$$

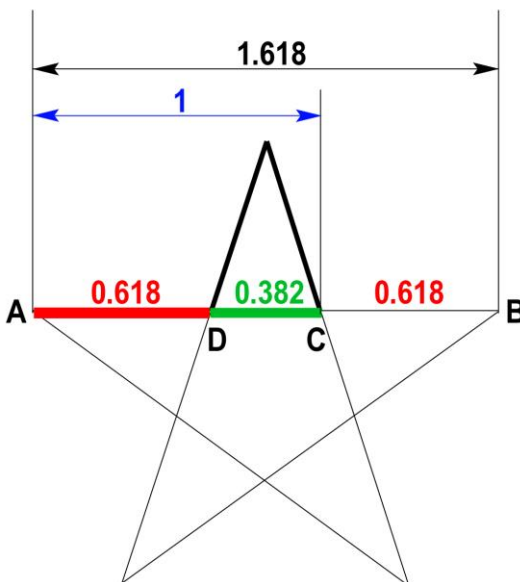


Figura 4

Haciendo $AC = 1$, se obtiene:

$$\frac{0,618}{1} = \frac{1}{1 + 0,618}$$

$$\frac{0,618}{1} = \frac{1}{1,618}$$

por lo tanto, resulta:

$$\frac{\varphi}{1} = \frac{1}{\Phi}$$

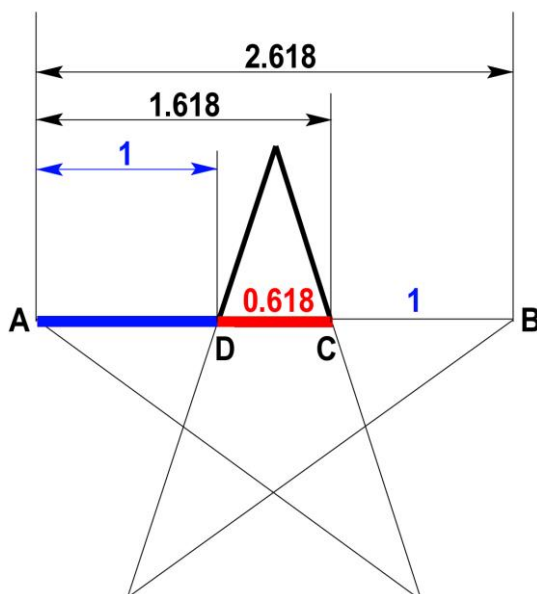


Figura 5

Haciendo $AD = 1$, se obtiene:

$$\frac{1}{1,618} = \frac{1,618}{1,618 + 1}$$

$$\frac{0,618}{1} = \frac{1}{1,618}$$

por lo tanto, resulta:

$$\frac{1}{\Phi} = \frac{\Phi}{1 + \Phi}$$

He aquí las relaciones finales:

$$\frac{1-\varphi}{\varphi} = \frac{\varphi}{1}$$

$$\frac{\varphi}{1} = \frac{1}{\Phi}$$

$$\frac{1}{\Phi} = \frac{\Phi}{1+\Phi}$$

Es decir, es una sucesión —que puede ser ampliada tanto como se desee— de igualdades entre la proporción áurea y sus derivados.

Parece que el primero en darle el nombre de «proporción áurea» haya sido Leonardo da Vinci, mientras que Kepler, que fue probablemente el primero en hablar de sus aplicaciones en botánica, la definió como «*una joya preciosa, uno de los dos tesoros de la geometría*» (junto con el Teorema de Pitágoras).

También podemos comprobar la fascinante *sucesión de Fibonacci* que, por aproximaciones sucesivas, nos conduce a la proporción áurea. Cualquier persona con un mínimo de conocimientos de cálculo puede experimentar personalmente la creación de esta sucesión, que también se puede hacer con una simple calculadora de bolsillo. Basta con llegar al número 20 para saborear emociones que no habiéramos esperado encontrarlas en las operaciones matemáticas.

En la columna, comenzamos escribiendo 0 y 1; el siguiente número será la suma de los dos precedentes, o sea, 1; después 2; luego 3, 5, 8, 13, y así sucesivamente. En la columna de la derecha se introducen las relaciones entre un número y el anterior o, a la inversa, con el siguiente; esto toma algunos minutos, pero vale la pena hacerlo (ver el cuadro de la figura 6).

La sucesión de Fibonacci	Correlación entre (a_n) y (a_{n-1}) tendiendo a phi
0	
1	1,00
1	1,00
2	2,00
3	1,50000000...
5	1,66666667...
8	1,60000000...
13	1,62500000...
21	1,61538462...
34	1,61904762...
55	1,61764706...
89	1,61818182...
144	1,61797753...
233	1,61805556...
377	1,61802575...
610	1,61803714...
987	1,61803279...
1597	1,61803445...
2584	1,61803381...
4181	1,61803406...

Figura 6

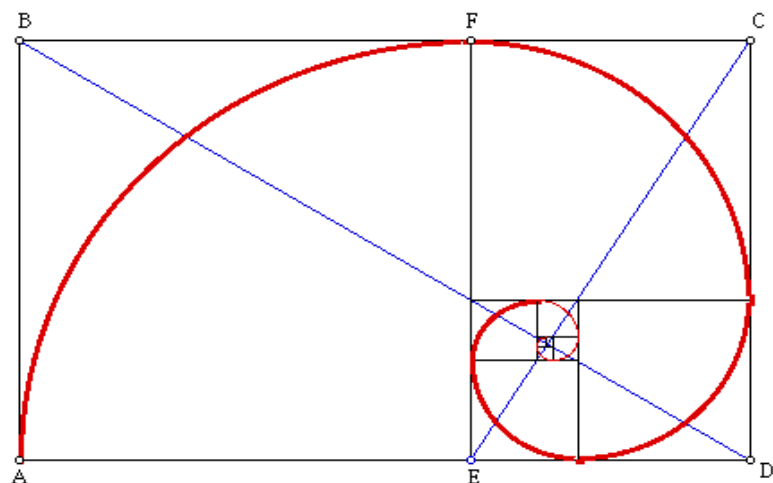


Figura 7

Igualmente emocionante es la experiencia geométrica de crear el rectángulo áureo (Figura 7). Debido a la naturaleza dual de Φ , uno puede descender hasta lo infinitamente pequeño (el origen inalcanzable de la espiral) y subir hasta lo infinitamente grande. Aquí también podríamos cuestionarnos qué sentido tienen los términos como *grande* y *pequeño* en el Infinito.

La sucesión de Fibonacci y, en consecuencia, la proporción áurea son Leyes Cómicas aplicadas en la Tierra; así lo demuestran algunos hallazgos en la naturaleza, que vamos a analizar a continuación.

Si la proporción áurea se manifiesta en los cristales, en el caracol, la coliflor, la piña, en el vuelo del halcón peregrino, en el cuerpo humano, los huracanes, en los brazos de las galaxias; si las células, organizadas para un preciso propósito, componen los órganos, que a su vez constituyen los hombres; si, igualmente, los planetas conforman los sistemas solares, que a su vez constituyen las galaxias, ¿qué nos impide, como hombres, formar estructuras humanas, ordenadas y armoniosas, a imitación de los modelos microcósmicos y macrocósmicos que, cada vez más, conocemos y comprendemos mejor?

No nos dejemos engañar por el término '*imitación*', que es una operación totalmente activa e *inteligente*, en el sentido etimológico del término; es una operación acorde con el principio hermético «Como es arriba, así es abajo».

Y así lo hizo un hombre de grandes capacidades intuitivas: Se inspiró en estas fórmulas matemático-geométricas para derivar fórmulas *psicogeométricas*, que pueden ser utilizadas en los múltiples campos de las relaciones humanas; he aquí algunos extractos de ello:

«(...) La proporción áurea tiene el poder de resolver los problemas causados por la separación, que provoca la injusticia, puesto que la corrige en la unidad proporcional. De hecho, *si el menor está al mayor, como este está al todo* (ley de la proporción áurea), ¿qué separa el primero del segundo? ¿Dónde se halla la separación si ambos, *en esa proporción*, confluyen hacia el Uno? (...)»

«(...) El progreso social será imparable cuando las relaciones entre los hombres se basen en el principio de la proporción áurea, que hace que el *mayor* deba interceder por el *menor*.

'Interceder' significa "ponerse en medio, intervenir" (del latín, *intercedere*), y describe, en una sociedad, la función que corresponde al *mayor*, que se sitúa, precisamente, entre el *menor* y el *máximo*, y debe correlacionarlos. Que esta labor se exprese rigurosamente mediante un número (Φ), demuestra que los hechos matemáticos son verdaderos prodigios. (...)»

«(...) La solución de las desigualdades sociales se consigue dosificando con precisión lo *mayor* y lo *menor*. Es cierto que hoy en día la gente no sabe cómo hacerlo: como todavía no ha aprendido a evaluar exactamente la correlación entre las cualidades humanas, no sabe cómo ir más allá del simple enunciado de la ley. Sin embargo, recordemos que cada uno es *mayor* y *menor* que otros en los más diversos ámbitos. Por lo tanto, nadie puede escapar al precepto, y está obligado tanto a prestar ayuda como a recibirla.»

La siguiente frase es una aproximación a **la Regla de Oro**:

«*Quien presta la ayuda adecuada (no demasiada y no poca) en el momento oportuno, se coloca, para este acto, como mediador entre el menor y el mayor, de donde recibe y transmite la ayuda. (...)*»

«(...) Los términos que aquí se utilizan (*mayor y menor*) no expresan *lo cuantitativo*, sino que señalan diferencias de cualidad, nivel, capacidad, competencia. Esta proporción particular es la piedra angular de la verdadera cooperación, que reconoce las desigualdades, pero trabaja para superarlas. (...)

«(...) **La proporción áurea divide sin separar**. Es ese poder que cura las separaciones. Actúa sobre la cualidad, no sobre la cantidad. Opera en el mundo sutil, no en el físico. Discierne lo menor de lo mayor, lo inferior de lo superior, pero conecta a ambos en la paz del Uno. Es la “partición unificadora” que asegura la integridad del Cosmos. (...)

2. Qué se entiende por Psicogeometría

En función de los pasajes que acabamos de mencionar, podemos intentar sacar una definición de lo que se entiende por Psicogeometría, a saber:

«La comprensión de las geometrías cósmicas para aplicarlas al mundo de la psique.»¹

O también, dicho con otras palabras:

«La imitación *inteligente* de los Modelos divinos para aplicarlos en el nivel humano.»²

La Psicogeometría —que es psicomatemáticas, que es psicociencia— requiere de la capacidad de *pensar* de una manera nueva. Y si no lo hacemos nosotros, los seres humanos, ¿quién lo hará?

Dicho esto, ahora llegamos a una primera formulación:

«La Proporción Áurea es esa correlación que divide sin separar y distingue unificando.»

$\varphi = 0,618$ divide sin separar. Puede considerarse como un operador en el movimiento hacia abajo: para identificar al «menor» (el discípulo) se aplica el factor de multiplicación 0,618.

$\Phi = 1,618$ distingue unificando. Puede considerarse como un operador en el movimiento hacia arriba: para identificar al «mayor» (el Maestro) se aplica el factor de multiplicación 1,618.

En ambos casos, no se identifica tanto al «otro», sino el vínculo que existe con él.

Dado que divide sin separar, a partir de ahora en nuestro estudio no usaremos más el término **proporción**; lo sustituiremos por **Correlación**.

De hecho, hablaremos de las Correlaciones humanas que pueden llegar a ser áureas si aprendemos a *dividir sin separar* y a *distinguir unificando*, es decir, si comprendemos que el *mayor* —o sea, el que tiene más talento, más capacidad, más experiencia, más sabiduría— tiene el deber de ayudar a los menores, mientras que el *menor* tiene el deber de aceptar la ayuda del *mayor*, que nunca es impuesta. Cuando ambas condiciones se cumplen, la Correlación es áurea.

Juntos veremos que la Correlación áurea podría asumir una importancia extraordinaria para el progreso social, político y económico porque, si aprendemos a utilizarla correctamente en estos campos, hallaremos el camino que conduce a la solución de muchos problemas, a menudo enormes, que afligen a la humanidad.

Con respecto a esto, veamos algunas de las direcciones a las que nos conduce el enfoque psicogeométrico de la Correlación áurea:

- a) Aceptar de manera activa el concepto jerárquico.
- b) Asumir la responsabilidad hacia el *menor*.
- c) Hacer fructificar los *talentos* y devolver lo que se ha recibido.
- d) *Comprender* los «puntos de vista».
- e) Utilizar la diversidad para crear la unidad: la Armonía a través del conflicto.
- f) Forjar el futuro utilizando el simple enfoque de un *buen padre de familia*.
- g) Buscar el bien común.

3. La Correlación Áurea en el Hombre

De modo simple examinaremos la dicotomía humana Espíritu/Sustancia, que también puede expresarse, según la escuela de pensamiento, como Alma/Persona, *Yo superior/yo inferior*, Súper-*Yo/yo*.

Por otro lado, se puede decir que todo hombre reconoce en sí mismo una doble naturaleza, que puede ser armonizada.

Comencemos por el *yo inferior*, que está compuesto por tres cuerpos o centros, ordenados jerárquicamente: físico, emocional, mental.

La siguiente analogía nos ayuda a identificar la jerarquía de funciones: el *yo inferior*, o personalidad, está representado por un carro en el que:

- el centro físico equivale a la estructura de soporte del carro;
- el centro emocional equivale a los caballos;
- el centro mental equivale al cochero.



Cada uno de los tres centros es necesario para el funcionamiento del conjunto, pero la relación jerárquica es evidente.

En esta estructura falta, además, el elemento determinante, a saber, el propietario, aquel para quien esta estructura ha sido diseñada y creada, y para quien debe funcionar. ¿De qué sirve un espléndido carruaje, con magníficos caballos y un cochero muy elegante y eficiente, si este conjunto no está al servicio de un propietario?

¿De qué sirve una personalidad, por muy integrada que esté, si no está al servicio del *Yo superior*?

Para vincular correctamente la personalidad al *Yo superior*, se necesita una Correlación áurea:

La personalidad integrada (el *menor*) está al *Yo superior* (el *mayor*), como este (el *Yo*) está al Hombre espiritual, el *Todo*.

Aquí, *Hombre* significa ese ser que posee las capacidades creadoras a imagen y semejanza de la Divinidad.

Hemos empezado por el individuo; pero antes de abordar las posibles aplicaciones de la Correlación áurea en los asuntos humanos, volvamos a las consideraciones analógicas hechas anteriormente en la línea Hombre/Planeta.

4. La Correlación Áurea entre los Reinos de la Naturaleza

El planeta que nos acoge es una estructura viva y está compuesta por órganos, como el reino mineral, el reino vegetal, el reino animal, el reino humano. Desde la época de *Gaia*, el planeta ya no se considera solo un cuerpo inanimado que gira en el espacio, y quién sabe por qué.

Existe una clara correlación jerárquica de conciencia entre estos reinos; esto es evidente por el hecho de que el reino superior se nutre del reino inferior. Así, el vegetal se alimenta del mineral; el animal, del vegetal y de otros animales; el humano, del vegetal y del animal. Y esto, no solo en el sentido físico, sino también en el metafórico.

Además, el ser humano es el único reino, entre los mencionados, que posee la capacidad de discernir, de *intelligere*, la capacidad de dar un **nombre** a las cosas.

Que el reino humano sea jerárquicamente superior a los demás reinos es un hecho totalmente evidente. Que no siempre haya ejercido *de manera inteligente* esta jurisdicción sobre los reinos inferiores es aún más evidente, sobre todo en el curso de las últimas décadas, que están caracterizadas por un crecimiento exponencial de la población y también de sus necesidades tecnológicas.

Aquí, más que nunca, es necesario recurrir a la *proporción divina*.

Si queremos devolver lo que hemos recibido, si queremos forjar un futuro mejor para nuestros descendientes, **es absolutamente necesario** que aprendamos a gestionar, a manejar, correctamente nuestra correlación con los reinos inferiores, que dependen totalmente del reino humano, de su comportamiento.

Hace tan solo unas décadas, en los años cincuenta, en pleno auge económico, cuando la población humana era de unos tres mil millones de individuos, menos de la mitad de la actual, parecía imposible contaminar los océanos, desertificar la selva amazónica, derretir las capas de hilo de los polos. Lamentablemente, hoy la situación es muy diferente; y muchas voces del ámbito científico dan la alarma del riesgo de que este fenómeno hoy ya sea irreversible.

Este no es un hecho que concierne solo al hombre, sino que es un asunto planetario, y el planeta es el hogar del hombre, es nuestro Campo de existencia; por lo tanto, no parece ser un comportamiento que posea una visión de futuro el hecho de envenenar sin medida el aire que respiramos, el agua que bebemos, la tierra donde crece el alimento que comemos.

En este Campo de existencia, el planeta es el *Todo*, el hombre es *el mayor* y los reinos inferiores son *el menor*. Para un hombre que tiene conciencia de ser un átomo planetario, la correlación áurea se expresará así:

Los reinos *inferiores* (mineral, vegetal, animal) están al reino humano (*el mayor*), como este (el humano) está al Planeta, el *Todo*.

Habiendo determinado el Campo de Existencia, que también será nuestro Campo de Servicio, habiendo partido del Átomo/Hombre para llegar al Planeta, podemos empezar a ocuparnos de la formación de las estructuras humanas, cada vez más complejas, que estarán en correlación áurea entre sí y, por lo tanto, al servicio del conjunto, o mejor dicho, al servicio planetario.

5. La Correlación Áurea en la Familia

Este es seguramente el caso más claro de Correlación áurea entre los seres humanos: la correlación entre padres e hijos representa su quintaesencia.

La familia es la molécula base de toda estructura sucesiva, de todo crecimiento; por consiguiente, en el caso del individuo, debe llevar dentro de sí la finalidad y el proyecto de este crecimiento.

Cada individuo recibe genéticamente un patrimonio de cromosomas de los padres; a través de la familia y de las sucesivas estructuras humanas se transmiten los cromosomas de la Cultura y de la consiguiente Civilización.

La esencia de la Correlación áurea está aquí corroborada en todos los aspectos; verifiquémosla con las *direcciones* que se han mencionado anteriormente:

a) Aceptar de manera activa el concepto jerárquico.

Desde el momento del nacimiento, el padre tiene muy claro que el hijo es el *menor*, que depende totalmente de él y, por lo tanto, que él es el *mayor*.

También el niño reconoce de inmediato su condición de dependencia (alimento, calor, protección); al principio, de forma totalmente instintiva y general; luego, paulatinamente más consciente de ello y, al mismo tiempo, cada vez menos dependiente.

b) Asumir la responsabilidad hacia el *menor*.

Una vez reconocida la jerarquía, la responsabilidad deriva por consecuencia. La responsabilidad significa la capacidad de dar una respuesta, de adecuarse a lo que se requiere en determinadas condiciones.

Con el bebé la relación alcanza los niveles más altos; la responsabilidad del *mayor* es total.

c) Hacer fructificar los *talentos* y devolver lo que se ha recibido.

No todos hemos sido padres, pero todos hemos sido hijos. En vista de que recibimos la ayuda y la asistencia de los *mayores*, devolvamos a la familia lo que hemos recibido de la familia, o a las estructuras *mayores*, haciendo fructificar nuestros talentos, o aportando *adicionalmente un valor* al patrimonio de conocimientos y habilidades humanos.

d) Comprender los «puntos de vista».

El bebé llora y no sabemos por qué; cuando ha crecido un poco, llora, patea y su comportamiento nos irrita; y cuando ha crecido aún más, responde con malos modales y lo regañamos; y cuando ya es un adolescente, llega tarde por las noches y nos preocupamos.

En todo caso, para resolver, de la mejor manera posible, cualquier problema que surja, tenemos que tratar de comprender el «punto de vista» de los demás, la verdadera motivación del comportamiento, y no reaccionar solo ante la manifestación externa.

e) Utilizar la diversidad para crear la unidad: la Armonía a través del conflicto.

La diversidad —un signo innegable de la Inteligencia Divina— puede provocar dificultades y fricciones en el ámbito práctico; esto se vive en la relación de pareja y también con los hijos, a pesar, o quizás a causa, de la consanguinidad.

Los problemas son inversamente proporcionales al grado de autonomía, de libertad; cuanto más dependiente es el hijo, tanto menos conflictos hay.

La luz blanca es una, pero se manifiesta en un septenario de colores del iris, que luego dan lugar a una gama infinita de colores posibles.

Quienes ven a través del filtro *rojo* deben aprender a comprender el *azul* y el *amarillo*; cada uno tiene su propio campo y expresa una cualidad específica, pero todos provienen de la luz blanca, del Uno. Para volver al Uno, debemos aprender el arte alquímico de crear la armonía a través del conflicto. A menudo, las correlaciones separan; sin embargo, la Correlación áurea divide sin separar y distingue unificando.

f) Forjar el futuro utilizando el simple enfoque de un *buen padre de familia*.

Esto es una demostración práctica del hecho de que los principios más poderosos son también los más simples.

Todo acto humano debe seguir este criterio, que es el verdadero canon de la vida social. Es un excelente espejo: si un padre quiere que su hijo evite ciertos malos hábitos, como fumar, debe ser el primero en dar el ejemplo.

Además, este es el principio al que también se refiere nuestro código civil, con respecto al comportamiento que un administrador, sea público o privado, debe asumir en el ejercicio de sus funciones. Lo retomaremos al hablar de las grandes estructuras.

g) Buscar el bien común.

Es el primer objetivo, y también la meta final. El buen padre de familia busca el bien común familiar, lo máximo posible, en todos los sentidos, para todos los miembros del núcleo familiar, sin excluir a nadie. Si estos conceptos quedan claros, forjar el futuro puede seguir siendo difícil, pero siempre sabremos cuál es el mejor camino: *solamente* es necesario ampliar el horizonte a la familia humana y al planeta.

Lo que se ha dicho en estos siete puntos quizás ayude a comprender lo que puede y debe considerarse como una familia, a saber: una estructura humana fundamental destinada a la generación, crecimiento y educación de otros seres para el bien común.

Por lo tanto, la relativa Correlación áurea podría expresarse de la siguiente manera:

**El hijo (el *menor*) está al padre (el *mayor*),
como este (el padre) está a la Comunidad, el Todo.**

De hecho, no cabe duda de que la finalidad esencial de la familia sea introducir a los hijos en la Comunidad de la mejor manera posible.

Hemos utilizado intencionadamente el término *Comunidad*, que se diferencia de la *Sociedad*. En una Comunidad, sus miembros individuales son conscientes de que los bienes esenciales son comunes a todos. El aire que respiramos y el agua que bebemos son de todos, al igual que la casi totalidad de la tierra que nos acoge, salvo esa pequeña parte que puede ser de nuestra «propiedad», pero que debería considerarse mejor en «fideicomiso temporal», para que, como buenos padres de familia, pueda ser entregada, y ya mejorada, a las generaciones futuras.

6. La Correlación Áurea en la Escuela

Cuando la Familia ya no es suficiente, la Escuela debe hacerse cargo. Aquí, la frase que se mencionó al inicio queda más clara:

«Quien presta la ayuda adecuada (no demasiada y no poca) en el momento oportuno, se coloca, para este acto, como mediador entre el menor y el mayor, de donde recibe y transmite la ayuda. (...)»

El análisis matemático no se enseña en la escuela primaria. Por otro lado, en la secundaria deberían impartirse algunas materias *universalizadoras*; sin ellas se corre el riesgo de llegar a la mayoría de edad solo porque está indicado como tal en el registro civil.

La Escuela es el lugar donde los alumnos aprenden estudiando y donde los profesores aprenden que «solo se comprende de verdad lo que se puede transmitir.»

Al ser la Escuela el Campo mayor de la familia, mantiene la misma configuración de la Correlación áurea, con mínimas diferencias formales:

**El alumno (el *menor*) está al docente (el *mayor*),
como este (el docente) está a la Comunidad, el Todo.**

7. La Correlación Áurea en el Trabajo

Consideremos ahora los tres ciclos fundamentales de nuestra existencia:

- El ciclo de la primera edad: Es la fase preparatoria, que va desde el nacimiento hasta los 20-25 años, y se dedica a la educación, o sea, a la adquisición de las habilidades necesarias para la vida social; esto ocurre esencialmente por medio de la familia y la escuela.
- El ciclo de la segunda edad: Es la fase de la vida laboral, la vida *activa*. Abarca unos 40 años, con tendencia a aumentar, debido también al considerable incremento de la esperanza de vida.
- El ciclo de la tercera edad: Abarca unos 20 años; un periodo en el que se recoge el fruto de la experiencia, que se transmite a las siguientes generaciones, de la manera que cada uno considere más adecuada. El trabajo necesario para la supervivencia se convierte, finalmente, en trabajo voluntario.

En el primer ciclo las cosas están muy claras, aunque esto no implique automáticamente una facilidad para hacerlas. De hecho, se trata de las relaciones entre los adultos y los menores, incluidos también esos mayores de edad que aún no son económicamente independientes.

Con el trabajo uno se convierte en una persona adulta, con plenos derechos, y se puede empezar a pensar no solo en el yo individual, sino también en asumir más responsabilidades, por ejemplo, la vida en pareja y la familia.

En el segundo ciclo saldamos nuestra deuda para con la sociedad; devolvemos —si todo va bien— *con intereses* lo que habíamos tomado prestado en la primera fase preparatoria, y financiamos lo que disfrutaremos en el tercer ciclo, en lo que concierne a la libertad de actuar como mejor lo consideremos.

El mundo del trabajo se compone de estructuras muy jerarquizadas, donde incluso el vértice más alto tiene que atenerse a alguien *mayor*; así, por ejemplo, el director general tiene que responder ante el consejo de administración; el consejo, ante la junta de accionistas, o ante el empresario individual, quien a su vez tiene como sus *mayores* a los clientes, puesto que de ellos depende el futuro de la empresa.

Este es también un mundo en el que nadie es *menor* para siempre; incluso los trabajadores de los niveles más bajos, con el tiempo tienen la posibilidad de hacer una determinada trayectoria profesional, por muy limitada que fuere. Por lo tanto, nadie queda *menor* para siempre.

Si en la Familia y en la Escuela se es principalmente *menor* o *mayor*, en el ciclo de la segunda edad, o sea, en el ámbito laboral, cada uno llega a ser, al mismo tiempo, *menor* y *mayor* en relación con los demás.

Ya hemos mencionado cómo el Código Civil resume en una frase las numerosas leyes que rigen el mundo del trabajo, a saber: el jefe legal de una empresa y toda la jerarquía que le sigue deben gestionar la empresa según los criterios del buen padre de familia.

Sin embargo, el Todo es siempre la Comunidad.

La Familia y la Escuela son las estructuras fundamentales dedicadas a la preparación de los ciudadanos de la Comunidad humana.

El mundo del trabajo, en sus formas más diversas, representa la parte *activa* de la propia Comunidad.

Debido a que este mundo absorbe una parte considerable de nuestro tiempo y ejerce una influencia significativa en los demás ámbitos, en los que desempeñamos nuestro papel de ciudadanos del mundo, valdría la pena intentar aplicar aquí la Correlación áurea lo más frecuentemente posible.

Trabajando se aprende a trabajar.

Trabajando...

1. se produce el alimento;
2. se producen las viviendas;
3. se producen las ropas;
4. se producen los medios de transporte;
5. se producen los medios de producción;
6. se produce la educación;
7. se produce la asistencia sanitaria;
8. se produce la información;
9. se produce el ocio;
10. se produce el arte;
11. se produce la comunicación;
12. se produce la participación;
13. se produce la concienciación;
14. se produce una visión de conjunto;
15. se produce la compasión;
16. se produce la caridad;
17. se produce la *Polis-ética*;
18. se produce la *Inteligencia*;
19. se produce la nueva Religión;
20. se produce la nueva Cultura;
21. se produce la nueva Civilización.

Si trabajando aprenderemos a trabajar por el bien común, entonces ninguno de los elementos mencionados antes será considerado tan solo «un producto» que está destinado a «producir beneficios».

Las empresas, de cualquier tipo o tamaño que fueren, aplicando la Correlación áurea, o el canon *del buen padre de familia*, en lugar de suministrar «productos», generarán «servicios» que estarán destinados al «bien común». Estos servicios producirán beneficios económicos *equitativos* y beneficios civiles y culturales *solidarios*, en beneficio de toda la Comunidad.

Como consecuencia de lo que se ha dicho anteriormente, la Correlación áurea en el mundo del trabajo adquiere una importancia muy especial, ya que se aplica al ciclo más largo y creador de la vida humana. En una primera aproximación, se formula de la siguiente manera:

**Los menores (todos) están a los mayores (siempre todos),
como estos (todos los mayores) están a la Comunidad, el Todo.**

8. La Correlación Áurea en la Política

Vamos a acometer un tema delicado, porque de la política no solo se deriva la cualidad de vida —también un asunto de mucha consideración—, sino asimismo las futuras Cultura y Civilización, que están dedicadas al servicio planetario.

La Correlación áurea nos servirá para definir mejor la relación ideal entre los ciudadanos y la política: el ciudadano, o sea, el administrado, es el *menor*; el político, es decir, el administrador, es el *mayor*. ¿Y el *Todo*?

Según el caso, el *Todo* es el barrio, la ciudad, la provincia, la región, el estado, Europa u otro continente, la Humanidad, el Planeta.

En lo concerniente al nivel de la Humanidad, en el último siglo se ha intentado crear estructuras capaces de resolver los conflictos, ya sean políticos, económicos o sociales, primero con la *Sociedad de Naciones*, luego con la ONU (*Organización de las Naciones Unidas*) y con las cada vez más numerosas ONG (*Organizaciones no Gubernamentales*).

Es evidente que la ONU debe ser refundada, porque —como se sabe— todas las macroestructuras siempre corren el riesgo de volverse esencialmente burocráticas, es decir, de servirse a sí mismas solamente, más que al propósito para el que han sido creadas.

Es un hecho que una correcta administración planetaria solo puede llevarse a cabo en el nivel de la Humanidad Una; y que, antes de dar el siguiente paso, es necesario consolidar esto.

No hay tiempo que perder, porque ya hay muchos indicios que advierten que no falta mucho para llegar a este estado del que acabamos de hablar.

Administrar la *res-publica* («asunto del pueblo») ya es complicado hacerlo en un nivel de condominio; y aún más difícil es hacerlo a gran escala, dado el nivel medio actual de la conciencia humana. Pero el principio rector es absolutamente simple: la cosa pública debe ser administrada con el concepto «**del buen padre de familia**», buscando, como ya se ha dicho, *el bien común, el máximo posible, de todas las maneras posibles, para todos los miembros del núcleo familiar, sin excluir a nadie*.

Por definición, un buen administrador debe trabajar por el bien de toda la comunidad a la que representa; pero hay enormes diferencias en la cualidad básica, dependiendo de si se trata de un nombramiento que proviene del *mayor* o del *menor*.

En el caso de una empresa, eso depende directamente del empresario, o del consejo de administración, por tanto del *mayor*, mientras que en el caso de la política depende del *menor*, del administrado.

Si a la empresa le va bien, si hay beneficios, entonces los accionistas, los directivos y los empleados están satisfechos; los primeros gracias a los dividendos, los segundos y los terceros con los beneficios. Y cuando la empresa prospera, existe la garantía de un futuro prometedor; y en este caso se mantiene el principio de que «un equipo ganador nunca se lo cambia ni se lo modifica».

Algo similar ocurre también en el caso de las organizaciones sin ánimo de lucro, cuando se logran los objetivos institucionales y hay satisfacción por la labor realizada por la Fundación, Organización, Asociación, o lo que sea.

Muy diferente es la condición del administrador político, cuya investidura se da gracias a las elecciones de los *menores*, los votantes, los representados.

Si tomamos en cuenta que el elegido es, inevitablemente, un exponente de un *partido político* y, en consecuencia, de uno o varios *grupos de presión (lobby)*, queda claro cómo la posibilidad de trabajar por el *bien común* es, en consecuencia, muy limitada.

Solo se puede trabajar por el bien común cuando se es libre:

- de tener que favorecer a unos pocos, a expensas de muchos, por el mero interés propio de crearse una base para la futura reelección;
- de tener que someterse rígidamente a la disciplina del partido, especialmente cuando este es, de hecho, una «propiedad» de alguien, consecuentemente no es representativo de las ideologías de libertad o, más aún, está orientado más a defenderse, o a destruir en lugar de construir, solo para contrarrestar el trabajo de los opositores políticos;
- de tener que someterse a la coacción de los *grupos de presión*, cuando estos tienen —y siempre lo tienen— como objetivo esencial buscar su propio beneficio, sin preocuparse por el interés general.

Intentemos ahora describir lo que realmente sucede en nuestra actual realidad política:

El *menor* (el elector) elige a su propio *mayor* (parlamentario, administrador, representante) que es, a su vez, *menor* (es decir, totalmente dependiente) frente a los gobernantes (es decir, de los verdaderos *mayores*) del partido que lo ha nominado; y este partido —al ser, por definición, partidista— asume el poder para sus propios fines (para los pocos, que realmente son cada vez menos), para aquellos pocos *mayores* que lo controlan.

Es una pena que ninguno de estos actores de la cadena política tengan en cuenta el verdadero objetivo, a saber: el bien común, la Comunidad de la que cada uno forma parte, el *Todo*.

¿Qué significa esto? Los pocos *mayores* —que a pesar del desarrollo demográfico y la globalización de los mercados tienden a disminuir en número— son los únicos actores y beneficiarios reales de la política; de hecho, ellos se vuelven cada vez más ricos, incluso en tiempos de estancamiento o recesión económica, mientras el resto de la población va perdiendo terreno o se empobrece.

Veamos otro ejemplo de inversión de roles en el mundo político.

Tanto la mayoría como la minoría deberían trabajar por el bien común; la primera, con la fuerza del consenso o respetando el principio sagrado del «*buen padre de familia*»; la segunda, ejerciendo un estricto control de los fines y los métodos. Este sería el papel del llamado «gobierno en la sombra», un nombre no precisamente bonito, pero si se ejerciera con seriedad sería un gran hecho.

Sin embargo, muchas veces solo se habla de **oposición**, porque, por desgracia, eso es lo que la minoría sabe hacer: se opone, se opone a todo, solo porque otros lo han hecho, porque no saben qué proponer como alternativa, porque esto es lo más fácil para hacer.

Al actuar de este modo, uno se opone incluso a cosas dignas, utilizando argumentos arbitrarios, inventando pretextos, contando falacias, instigando a organizaciones simpatizantes a manifestarse contra algo solo por el hecho de hacerlo, y casi nunca afirmando claramente: lo hacen por esta y por aquella razón, con este o con aquel objetivo, con este y con aquel impacto económico y social.

De ello se deduce que, para que la Correlación áurea funcione, los *mayores y menores* deben ser así como hemos descrito antes, basados en la conciencia.

Lo que se ha mencionado es, lamentablemente, la realidad en casi todos los países del mundo.

Si observamos las correlaciones humanas en su totalidad, ya sean políticas, económicas o puramente sociales, parece que el indudable progreso general, que se está produciendo desde hace tiempo, es debido más al resultado de una miríada de pequeños y grandes egoísmos que al fruto de una visión, de un proyecto de largo alcance.

9. Llamamiento a los hombres de buena voluntad

La primera edición del documento “Psicogeometría de la Correlación áurea” se concluye sin expresar la fórmula de la Correlación áurea en la Política.

Hacemos un llamamiento a todos los hombres de buena voluntad, a los que desean ser, a todos los efectos, «*átomos planetarios conscientes*» para que colaboren en este sentido.

Como átomos planetarios, aprenderemos a formar moléculas planetarias, células planetarias, tejidos planetarios, órganos planetarios. Seremos proyectistas y forjadores de un futuro basado en las Correlaciones áureas que **dividen sin separar** y **distinguen unificando**.

Después de esta labor **universalizadora**, cuando hayamos alcanzado la *temperatura necesaria*, la actual política se convertirá en *polis-ética* y, en consecuencia, como decíamos al principio, **nada será como antes**.

Fórmula psicogeométrica de la Correlación áurea:

«La Proporción Áurea es aquella Correlación que divide sin separar y distingue unificando.»

La Correlación áurea en el Hombre:

La personalidad integrada (el *menor*) está al *Yo* superior (el *mayor*),
como este (el *Yo*) está al Hombre espiritual, el Todo.

La Correlación áurea entre los Reinos de la Naturaleza:

Los reinos *inferiores* (mineral, vegetal, animal) están al reino humano (el *mayor*),
como este (el humano) está al Planeta, el Todo.

La Correlación áurea en la Familia:

El hijo (el *menor*) está al padre (el *mayor*),
como este (el padre) está a la Comunidad, el Todo.

La Correlación áurea en la Escuela:

El alumno (el *menor*) está al docente (el *mayor*),
como este (el docente) está a la Comunidad, el Todo.

La Correlación áurea en el Trabajo:

Los *menores* (todos) están a los *mayores* (siempre todos),
como estos (todos mayores) están a la Comunidad, el Todo.

La Correlación áurea en la Polis-ética:

... la definición aún está pendiente...

1 «La comprensión de las geometrías cósmicas para aplicarlas al mundo de la psique» es una fórmula de carácter psicofísico. Consultar la *Psicosofía*, una *dirección* de trabajo relacionada con el 4.º Campo de TPS. (Consultar [aquí](#). Solo en italiano)

2 «La imitación inteligente de los Modelos divinos para aplicarlos en el nivel humano» (consultar [aquí](#)) es una forma diferente de expresar el mismo concepto que el de la nota anterior, lo que también pone de manifiesto la razón por la que la Psicosofía está estrechamente relacionada con el Modelo.

«Comprender» las geometrías cósmicas equivale a imitar «inteligentemente» los Modelos Divinos. Desde hace tiempo el Hombre está demostrando que es capaz de hacer esto, descubriendo innumerables fórmulas matemáticas, geométricas, físicas y químicas, que dan fe de su capacidad. Con los términos *Psicogeometría* y *Psicofísica* queremos indicar un paso sucesivo que conduce a la posibilidad de aplicar esas mismas Fórmulas al mundo de la Psique, al *Yo* superior, y por lo tanto a la posibilidad posterior de aportar belleza, armonía y «sabor» al mundo de las correlaciones planetarias, puesto que —evidentemente, no por casualidad— la humanidad también ha sido definida como la «sal de la Tierra».
